

Herederero del Sol

El príncipe Nem era uno de los peores magos que había conocido el reino de Advandra. Resultaba irónico, pues los estratos sociales del país se basaban en el poder mágico que poseían los miembros de las familias, siendo la familia real más poderosa de todas. Los sabios afirmaban que en pocas ocasiones ocurrían fenómenos en los que la herencia mágica no tenía nada que ver. De una familia débil podría surgir un mago poderoso, y al contrario, de una familia de grandes magos, podía salir un inepto, como era el caso de Nem.

El rey sabía que su hijo haría tambalearse toda su dinastía. Los nobles no aceptarían en el trono a alguien tan débil como Nem. Por tanto, estableció una alianza matrimonial que enlazaba a Flara, hermana pequeña de Nem, con uno de los herederos de los Gardu, una de las casas nobiliarias más poderosas, eliminando a Nem de la línea sucesoria. Pero esto no sería efectivo hasta que Flara se casara, y dado que era una niña de apenas siete años, Nem aún tenía un tiempo para pensar.

Comenzó a frecuentar entonces la antigua biblioteca, oscura y llena de humedad, situada en los sótanos del palacio. Allí se habían trasladado los libros anteriores a la Flecha del Sol, un evento astronómico que había convertido en magos a todos los habitantes de la antigua Advandra. Todo cambió entonces. Los campesinos hechizaron sus herramientas para que labrasen el campo por sí mismas. Algo parecido hicieron los artesanos, y los burgueses desarrollaron un nuevo tipo de moneda basado en pequeños cristales que podían acumular magia. Los nobles ya no se jugaban la vida en los duelos, sino que ordenaban combatir a sus armas, mientras ellos se colocaban lejos del área de lucha, observando como un espectador más. Incluso los sabios habían dejado de lado todos sus libros, dedicándose a estudiar un solo tomo: el *Compendio de sabiduría*. Consistía en una serie de hechizos que podían invocar cualquier tipo de información que los hombres hubiesen recitado ante un objeto mágico, apareciendo frente al mago en letras doradas. Por ello, los espías, los criminales y los amantes adúlteros tenían un especial rechazo por estos objetos.

Todos los antiguos libros habían sido abandonados, guardados pero despreciados, como un recuerdo de una época pasada, un instrumento que ya no servía de nada. Nem consultó estos libros y descubrió conocimientos que nadie con el *Compendio de la sabiduría* se hubiese planteado. Descubrió otras tierras, otros pueblos que no habían sido bendecidos con la Flecha del Sol, donde destacaban los violentos Chalukya que vivían más allá del mar del este, con los que estaba completamente prohibido comerciar. Descubrió que las lenguas eran difícilísimas de aprender, y le llevaron un gran tiempo de estudio, cuando con un hechizo traductor se habría resuelto el problema en pocos segundos. Nem pasó toda su adolescencia estudiando y asimilando esos libros antiguos, un conocimiento que había sido sustituido por fórmulas mágicas que en sí mismas no respondían nada, pero que eran la llave para que las respuestas apareciesen mágicamente frente a los ojos.

Así, el príncipe fue un día a hablar con su padre y le pidió un barco con un timonel y un marinero de apoyo para que manejase los remos. El rey no pareció muy convencido, pero sintiéndose culpable por el problema del trono, concedió el deseo a su hijo.

Nem cargó el barco con mercancías de Advandra, dispuesto a comerciar con algunos de los pueblos con los que se cruzara en su periplo. Como supuso, el timonel basaba toda su sabiduría sobre orientación y mareas en las fórmulas del *Compendio de sabiduría*, por lo que entró en un ataque de nervios cuando a Nem se le cayó su ejemplar accidentalmente por la borda. Timonel y marinero quisieron volver a Advandra de inmediato, pero Nem les convenció de que confiaran en él y siguieran adelante. Los dos hombres se quedaron perplejos cuando el joven príncipe les guió sin dificultad, sin necesidad de ningún *Compendio*. Así, tras días de travesía hacia el este, divisaron tierra. A Nem no le costó demasiado convencer a sus dos compañeros de que aquel era el país de los Kandros, y no la tierra de los Chalukya, como realmente era.

Les recibieron unos hombres ataviados con ricas sedas de colores, armados con lanzas. Hablaron en su idioma. Marinero y timonel parpadearon, incapaces de comprender una palabra sin su *Compendio*, pero Nem había pasado largos años estudiando aquella lengua.

—Venimos de una lejana tierra. —dijo el príncipe. Prefirió no especificar cuál—. Traemos muchos objetos para comerciar con vosotros. —¿Y qué queréis a cambio? —preguntó el cabecilla de aquel grupo de chalukya. Nem miró a los lados antes de responder.

—La planta del ido. —dijo Nem sonriendo—. Mucha cantidad de planta del ido.

El jefe del grupo le tendió una guirnalda de hojas que llevaba al cuello, a modo de collar. Nem arrancó una sola de las hojas y la presionó contra un cristal-moneda que llevaba en el bolsillo. La débil luz dorada que brillaba en el interior del cristal desapareció, convirtiéndolo en una vulgar roca.

Nem sonrió, mientras divisaba su país en el horizonte, colocado en la proa del barco, cargado de planta del ido. La planta que hacía desaparecer la magia. La planta que convertiría a todo su pueblo en humanos normales, tal y como eran antes de la Flecha del Sol.

La planta que le convertiría en rey. Porque aunque era un mago débil, sería el único mago del país. El tuerto en un país de ciegos.

Relato de **Miriam Álvarez Elvira**

Finalista de la VIII edición del concurso de relato corto F.T.C.

AEIOU (Químicas), ASCII (Informática), GREBAS (Biológicas), La Salamanca del Círculo Polar (Veterinaria),
Numenor (Matemáticas), Relatividad (Físicas)